

INFORMES GENERALES

I

LAS COSTAS DE MARRUECOS EN LA ANTIGÜEDAD

por Antonio Blásquez

Los griegos

PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS DE LOS GRIEGOS EN MARRUECOS

El año 629 antes de J. C. una nave Samia, que mandaba el capitán Coleos, fué empujada por los vientos de tempestad a lo largo del Mediterráneo abordando a las costas de Tarteso en el S. O. de España, donde tantas ganancias realizaron, que según un insigne historiador (Herodoto), jamás llegaron a igualarse. Las inmensas riquezas minerales de nuestro país en aquella época y aun en los siglos inmediatamente posteriores, eran de tanta importancia, que viaje hubo en el cual las naves extranjeras, no pudiendo cargar más, hicieron anclas de plata para transportar parte de este metal precioso.

Oculto el viaje en los primeros años, porque sin duda alguna no les convenía dar a conocer a los demás pueblos orientales este feliz hallazgo, fueron los samios los que sacaron más beneficios y provechos de él hasta que fenicios y focenses intentaron nuevas expediciones, proplamente entre los años 600 y 585 los primeros y desde esta última fecha hasta el año 536 (combate naval de Alalia) los segundos.

Pero los samios habían llevado una ruta impuesta por los vientos de tempestad durante la cual sólo debieron advertir que caminaban a occidente, y que pasando cerca de la Libia (entre

dicha comarca y Sicilia), encontraron después, ya cerca de Tarteso, dos montañas altísimas casi rodeadas por las olas, Calpe y Abyla (Gibraltar y Ceuta) a las que las generaciones posteriores dieron el nombre de Estelas de Hércules; porque ha de advertirse que la civilización en la época en que se realizó el descubrimiento, estaba concentrada en la mitad oriental del Mediterráneo y sólo constituían el mundo conocido las riberas del seno oriental de dicho mar, seno cuya boca ciñen Sicilia y Cartago; y aun en esas riberas quedaban costas por explorar, pues la extensión inmensa de la Cirenaica se descubría por aquel entonces en virtud de reiterado mandato del oráculo; y Cartago, formada por los disidentes de Tiro, se encontraba en verdadero período de constitución y desarrollo, pues sus naves y sus mercaderes no habían colonizado sino una pequeña parte de Sicilia; y los griegos, que a través del canal de Otranto habían pasado a Italia meridional, tenían aun sin explorar las costas del Adriático y en las del Tirreno apenas habían rebasado la actual bahía de Nápoles, siendo Cumas su estación más avanzada. Puede consultarse cualquiera de las obras modernas relativa a la Historia de la antigüedad, en las que aparecen las colonias griegas y fenicias existentes en el siglo VII y las fechas de su fundación.

Fué por consiguiente el descubrimiento de Tarteso algo parecido al famoso descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón, ya que duplicaba la extensión de los mares y tierras conocidas.

La tempestad les trajo por las inmediaciones de la costa africana; el regreso lo efectuaron por las costas europeas, y pasado algún tiempo, no fué la vía marítima sino el camino que se llamó de Hércules y conducía a Grecia el que siguieron; pero es casi seguro que en sucesivas expediciones reconocieron los litorales de España y de Marruecos en su parte más próxima al hoy Estrecho de Gibraltar, que la antigüedad denominó de Hércules, y poetizó la leyenda colocando allí dos columnas con el fatídico lema *Non plus ultra*.

En las costas de Europa se señala ya Marsella fundada por aquellos navegantes.

Las riquezas de occidente más fabulosas cuanto mayor era el

secreto conque se las rodeaba, dieron lugar a que la viva imaginación de los griegos inventara cuentos y leyendas, que después llegaron a pasar por historias, y enlazando tradiciones relativas a sus héroes con maravillas o con fenómenos naturales, tejieron poemas de vigoroso colorido y crearon ficciones como la del Atlas, que se transmitieron a través de los siglos, haciendo dudar a las personas más serias y discretas si estos relatos eran creaciones fantásticas o borrosas realidades.

Estas leyendas arraigan en montes como el de los Siete Hermanos (Hepta Delfos de los griegos y Septem fratres de los latinos); en un cerro cuyo perfil semejaba un hombre gigantesco personificando en él al Gigante Anteo; en la Cueva de Hércules, hoy denominada de los Ídolos, donde la tradición señalaba la existencia de estatuas, de leones y delfines y en la que se han encontrado esculturas de animales recientemente; y por último, en la Atlántida que rodeada de aparato maravilloso por Platón ha dado no poco que hacer a los antiguos y modernos, queriendo encontrarla, ora en el territorio marroquí, ora en Canarias, en las Azores y hasta en América esforzándose historiadores, geógrafos, geólogos y botánicos en encontrar su antiguo asiento, mientras otros han creído que era sólo una fábula.

Pero dejando aparte tan poéticas leyendas, es lo cierto que los griegos que penetraron los primeros en las aguas del Atlántico y visitaron las costas de uno y otro lado del Estrecho de Hércules, se dieron cuenta de la inflexión o curvatura de los dos continentes inmediatos (el europeo y el libyco), que formaban un extenso golfo cuyos puntos postreros eran el promontorio Sagrado y el Hermeo, situados casi en el mismo meridiano, estando en el centro el estrecho ya citado.

También observaron que las inmediatas playas iban ascendiendo hasta elevados montes, siendo estos países de extraordinaria riqueza y de clima suave en los cuales la vida se deslizaba plácidamente en medio de los dones que la naturaleza, sumamente pródiga, derrochaba en sus variados frutos y en sus ricos yacimientos de minerales preciados, en términos tales, que si por un lado decían que este era el reino de Pluto, por otro colo-

caban aquí el Jardín de las Hespérides con sus manzanas de oro de seductor aspecto y sin igual belleza.

La presencia de los griegos en las costas marroquíes está indicada por los nombres más antiguos que de esta región conocemos como los de Hermes o Hermeo, Hepta Delfos, Sierra Bullones, que procede de Bal Yuno el dios de los jonios; Thymiaterio, que es griego y significa Quemadero de tomillo, quizá porque al llegar allí y encontrar a continuación de una costa brava y enriscada sembrada de escollos y de rocas de difícil acceso, donde quizá temieron perecer, una gran bahía y una hermosa llanura, hicieron en acción de gracias una ofrenda a sus dioses quemando en su honor plantas aromáticas (y en aquel lugar es el tomillo muy abundante) que con su perfume elevaran a los cielos sus plegarias y su agradecimiento. En Pontos, nombre que recibió un lugar próximo en el Estrecho de Hércules porque era el punto por donde pasaron éste, siendo de notar que aún en la Edad Media se ha utilizado frecuentemente por los mahometanos para pasar a España y le daban el mismo nombre, bien que traducido (El Pasaje), porque Pontos significa, no sólo el puente y el mar, sino el paso sobre las aguas, y así se denominó Hellesponto, o puente de los helenos, otro célebre estrecho; Metagonio, nombre que significa el ángulo final o postrero que aplicaron a la península líbyca, que limita el Estrecho por la parte africana, donde efectivamente la costa describe un ángulo que fué el último de las tierras atlánticas, lybicas o africanas hacia el occidente; en tiempos remotísimos Caricon Theicos, que significa Castillo de los Carios; Melisa, que recuerda la patria del gran filósofo Thales; Lixus, homónimo de otros tres pueblos del Asia menor, en la parte que desde muy antiguo estuvo sometida a la influencia griega, el lago Durizza, después Dará y hoy Ras el Daura y otros varios como Acra; siendo estos ejemplos decisiva prueba de nuestras afirmaciones, ya que los mismos relatos de los fenicios nos dan como existentes estos nombres en las expediciones que efectuaron, siendo, por tanto, anteriores a ellas.

Pero no sólo los samios vinieron a estas costas: después de ellos, y también después de unas expediciones de los tirios, rea-

lizadas en tiempo de Necos, los focenses se dirigieron al occidente ocupando parte de la Península española, y seguramente, también parte del territorio marroquí. Faltan detalles en los relatos, pero pueden suplirse en parte por los geógrafos e historiadores, como Hecateo y Scylax, pues aun cuando el periplo que se atribuye a este último fué adicionado posteriormente, como ya los griegos no volvieron a colonizar en Africa después del año 536, fecha de la derrota de Alalia, los nombres griegos que en él aparecen tienen un origen seguramente anterior a dicho año. En cuanto a Hecateo, escritor de la primera mitad del siglo VI, sólo puede referirse a las expediciones samias porque no contiene noticia alguna de las primeras expediciones fenicias posteriores a las de los samios y anteriores a las de los focenses lo cual prueba que sus informes eran anteriores a los viajes de Necos.

Con el testimonio de Hecateo se puede afirmar que los griegos samios no habían llegado a establecerse sólidamente sino en las partes inmediatas al estrecho de Hércules y que sus mercados y ciudades eran poco numerosos.

Nos enseña esto que es preciso revisar las afirmaciones de los escritores modernos que asignan una remota antigüedad, mayor que la de las expediciones griegas, a las de los fenicios, puesto que puede afirmarse, lo mismo con respecto a África en su parte oceánica, que a España, que no aparece ningún nombre geográfico fenicio de época anterior a la de los nombres griegos, hecho altamente significativo; y desde luego ninguno se remonta más allá del siglo VII, en cuya fecha ya los griegos habían visitado las costas del Atlántico.

En cuanto a los testimonios de geógrafos e historiadores, también son mucho más modernos los que nos dan (y esto en forma vaga) noticia de las expediciones de aquel pueblo comerciante.

Estrabón, a quien se atribuye haber dicho que la fundación de Cádiz tuvo lugar poco después de la guerra de Troya, dijo, en efecto, que «los fenicios son célebres por sus navegaciones, pues fueron más allá de las Columnas de Hércules; y en

»aquellos países, y en las playas marítimas de África, edificaron ciudades, hasta cerca de la mitad de su longitud, poco después de la guerra de Troya». Estrabón escribía en el siglo I antes de J. C.; tenía que apoyarse en las tradiciones y en los historiadores, pero las primeras eran muy vagas y las segundas le contaban que los oráculos ordenaron a los fenicios dirigirse hacia el Oeste en busca del país *doude antes había erigido Hércules sus columnas*, lo que prueba que Hércules no era fenicio, y al mismo tiempo, que Hércules había venido antes que ellos. Por otra parte, el primer viaje a España por pueblos orientales sólo tuvo efecto con la arribada de Coleos en el siglo VII; luego el primer viaje de los fenicios tuvo que realizarse después del año 629 y no en años poco posteriores a la guerra de Troya. Lo que sí es cierto es que después de dicha guerra edificaron ciudades en la costa africana y aun en la asiática, pero fueron ciudades inmediatas a sus territorios, de las cuales les fueron expulsando después sus vecinos los griegos y los egipcios.

Pero es más, Posidonio pone como fabulosos los viajes de los fenicios a las costas españolas en esos tiempos; y si Estrabón les da asenso, es porque también se lo concede a las expediciones de Ulyses, Eneas, Antenor, etc., todas ellas tan fabulosas como ésta y que tienen el mismo fundamento.

También ha de notarse que Estrabón confundió los fenicios con los cartagineses, pues en algunos pasajes dice que los fenicios *continuaron en posesión de las colonias hasta la conquista romana en España y Libia*; lo cual no es cierto, puesto que sabemos: 1.º, que cuando Coleos vino a España no encontró en ella a los fenicios; 2.º, que los cartagineses, cuando su primer viaje, hallaron, lo mismo en España que en África, multitud de lugares con nombres griegos que no pudieron haber dado los fenicios; y, por último, que los romanos no conquistaron el país a los fenicios sino a los cartagineses.

La historia no puede hacerse por conjeturas, si éstas no tienen por fundamento testimonios ciertos; y toda la leyenda fenicia de sus expediciones a España antes del año 629 carece, como se ve, de base sólida.

No quiero hacer mención detallada, pero sí he de recordar que se afirma que se encontró en tiempo de Justiniano una inscripción en Tánger que decía que allí llegaron huyendo de Josué, hijo de Navé, y como estaba en caracteres fenicios, a éstos se atribuye su llegada en aquel tiempo, sin tener en cuenta que dicha inscripción no merece fe alguna y es tenida por apócrifa; y que los caracteres fenicios no eran distintos de los cartagineses y pudo escribirse por éstos recordando su emigración o salida después de aquéllos.

Lo que sí es cierto es la venida de los fenicios en tiempo de Necos, Rey de Egipto, quien vivió entre los años 609 y 595; pero vinieron por orden de este Rey, dando la vuelta al Africa, y partiendo del golfo Arábigo, expedición que se ha tenido por falsa, y que su mismo relato suministra datos para considerarla cierta, pues dando la vuelta al África, deteniéndose al comenzar el invierno, para sembrar en las tierras y poder recoger viveres, llegó un momento en que, según el relato, tenían el sol a su derecha, contrariamente a lo que en su país ocurría. Como no pudieron darse cuenta del motivo de esta mutacion (ni ellos, ni los escritores posteriores) creyeron se trataba de una fábula, mas hoy se explica fácilmente, puesto que al caminar de Sur a Norte por las costas occidentales de dicho continente debieron ver aparecer el sol por la mañana por la derecha de sus naves.

De esta navegación puede que daten los nombres de Chemmis y de Abyla, aquél egipcio y éste fenicio, dado a una población y a un monte de la Mauritania.

Enlazando históricamente las expediciones griegas de los samios y aun los de otros pueblos con ésta, encontramos sencilla explicación, pues aquellos viajes pusieron de manifiesto que había un mar, que al parecer rodeaba toda la tierra, y por esto y por estimar que la anchura del Continente africano era escasa (idea que predominó mucho tiempo), supuso Necos que podía llegar a aquellos países llenos de riquezas y aun descubrir otros igualmente prósperos y ricos, caminando por el Sur de África, sin que esta navegación fuera más larga que la que los griegos efectuaban bordeando el litoral Mediterráneo.

De todos los escritores griegos, sólo dos nos pueden servir para trazar el mapa de Marruecos en el siglo VI: éstos son Hecateo y Scylax, y digo que dos solamente, porque los demás, por haber vivido en época muy posterior o por no haber dejado noticias, no pueden presentarse como testigos.

El primero no hace mención, al menos en la parte española, de ningún establecimiento fenicio, ni de ninguna expedición de estos navegantes, y la lógica obliga a suponer que sus datos se refieren al período anterior al año 536, en el cual cesa la comunicación de los pueblos griegos con España, y, por tanto, que sus noticias de Marruecos corresponden al mismo período.

Navegación de Hannon

Llegamos al tiempo en que se verifica una empresa de la más alta importancia geográfica, cuyo relato quedó grabado en uno de los templos de Cartago; me refiero a la expedición de Hannon o Hanno.

El texto íntegro del relato se ha publicado varias veces, y figura en la Colección Didot; pero hay en Mela unos párrafos correspondientes al mismo Periplo que presentan alguna variante.

No es extraño que tratándose de sucesos tan remotos haya habido divergencias entre los críticos; lo que sí llama y llamará seguramente la atención, es que siendo uno de los datos fundamentales la estimación de la jornada o navegación de sol a sol, se hayan buscado testimonios, por una parte fuera de toda razonable realidad puesto que se refieren a un fenómeno peculiar de la navegación mediterránea, para aplicarlos a una, verificada a las aguas del Atlántico, y por otra, que aun dentro del Mediterráneo se haya buscado el caso especialísimo de una navegación aprovechando unos vientos constantes, en determinada época, y sobre todo conocidos, para aplicar los cálculos de esa navegación a otros mares en los cuales se entraba por vez primera, y, por tanto, se desconocía la marcha normal de las corrientes atmosféricas y marinas. Pero con ser esto extraordinario, lo es aún

más que hayan aplicado los datos del siglo II de nuestra era a una navegación efectuada en el siglo VI antes de ella. ¡Qué diríamos si para el estudio de una guerra, y más concretamente del alcance de la artillería en el siglo XIV tomáramos por base los datos de ese alcance en la artillería del siglo XIX! ¡Qué, también, si juzgásemos de las artes industriales, exigiendo a las de hace ocho o nueve siglos los perfeccionamientos de que hoy están en posesión!

Este anacronismo excede a toda consideración racional.

Para calcular la velocidad de la navegación de Hannon, los datos más inmediatos son los de Scylax, cuyo periplo empezado a redactar hacia el año 500, tiene adiciones posteriores, que alcanzan hasta mitad del siglo IV (año 348), circunstancia que debe tenerse presente en la comparación y cálculos, pues, desde luego algo adelantaría la navegación en esos años transcurridos. Pues bien, Scylax señala como una buena navegación la de 500 estadios al día; una marcha regular no llegaba a dicho número de estadios, de los cuales entraban 700 en un grado de meridiano, debiendo tenerse en cuenta que dicho escritor fundaba sus cálculos en navegaciones por mares y costas conocidos y de fácil navegación, y además se refería a viajes comerciales, circunstancias que obligan a rebajar también la velocidad de la jornada.

Himilco, el general cartaginés, que emprendió la exploración de las costas españolas, al mismo tiempo que Hannon las de Marruecos, y cuyos datos tienen una importancia excepcional, estimaba, según Avieno, en siete días la navegación desde el promontorio Oestrymnico (cabo de San Vicente, en Portugal) hasta el Estrecho de Hércules, y como esta costa medía, según los datos de los geógrafos, unos 2.500 estadios, de los ya citados, resultaba que la jornada por estas costas era de unos 358 estadios, lo cual está en concordancia con Scylax, pues si de los 500 estadios, en las condiciones por él apuntadas, *de buena navegación*, deducimos lo que corresponde para llegar a la *jornada media*, es decir, a una jornada que no merezca calificarse de buena, ni de mala; y si además hacemos la deducción correspondiente a las dificultades que encontró en estas costas españolas,

tendremos que fijar un número de estadios, que no variará mucho de los 358 ya citados.

Piteas, que recorrió este mismo mar en el año 350, tardó cinco días en llegar al cabo de San Vicente (promontorio sagrado), saliendo desde Cádiz, y como había 1.700 estadios, resultan las jornadas a 340 estadios.

Tenemos ya, por consiguiente, datos contemporáneos unos, y otros los más inmediatos a la navegación de Hannon, y de ellos dos, los de Himilco y Piteas, relativos al mismo mar (Atlántico), debiendo añadir que las dificultades que Himilco y Piteas encontraron para navegar por las costas del SO. de España eran menores que las que encontró Hannon en las marroquíes, pues Scylax señala en ellas la existencia de bancos y esteros y sabido es por los marinos que en dicho litoral, uno de los más difíciles y peligrosos, hay una serie de bancos de roca que se extienden a lo largo del Atlántico, que si no impiden, dificultan y hacen tan peligrosa su navegación, y esta ha sido la causa de que no haya podido nunca contar Marruecos con una buena escuadra; las barras de los ríos están cerradas mucho tiempo y son difíciles de salvar. Vemos, pues, que en esta comparación resulta aun perjudicado Marruecos y que el dato de 340 a 358 estadios aun es excesivo.

Hay un dato que no queremos ocultar, según el cual, al parecer, las naves hacían en un día y una noche (*nyctemero*, como lo llamaban los griegos) 1.300 estadios. Este dato es de Herodoto, escritor del siglo V; pero los estadios de que Herodoto se servía para sus cálculos eran los de 1.111 al grado, y los que hemos tenido en cuenta hasta ahora eran de 700 y, por tanto, Herodoto no hace sino confirmar los datos de Scylax. En efecto los estadios de 700 al grado valían 158 m. y, por tanto, la navegación que cita Scylax equivalían a unos 79 kilómetros: los estadios de 1.111 al grado valían teóricamente 99 metros, y como asignaba 700 a la navegación efectuada durante las horas de sol, resulta ésta, en Herodoto, de sólo 70 kilómetros, presentando una diferencia a favor de la de Scylax de 9 kilómetros al día, que se explica perfectamente: primero, porque Herodoto se refería a

la navegación ordinaria y no a una buena navegación y esto la reducía en términos que, convirtiendo los estadios de Herodoto en estadios de Scylax, la navegación regular debía ser para éste de solos 443 en vez de 500, en cuyo caso ya hay completa identidad. En cuanto a la afirmación que hacemos de que Herodoto se refería al estadio de I.III al grado, puede comprobarse observando que en sus cálculos asigna a la costa de Egipto, cuyos límites cita y se han determinado modernamente, 3.600 estadios y mide 360 kilómetros próximamente. Y esto demuestra el error gravísimo en que han incurrido los críticos al localizar el relato de la navegación de Hannon, pues como no han distinguido de estadios y han atribuído a la jornada 240 kilómetros por otro error, pues han estimado el estadio de 184 metros correspondiente al estadio romano de 600 al grado, han triplicado cuando menos la velocidad de la jornada, y digo cuando menos, porque el documento de cuya interpretación tratamos, no dice que hubiera tantas jornadas de uno a otro de los puntos en que estacionó, sino que empleó tantos días, lo cual es muy diferente, porque dadas las dificultades de la costa y el propósito de reconocerla minuciosamente y aun el de comerciar y comunicarse con los indígenas, es seguro que en muchos de ellos no llegó al promedio de la navegación estimada por Himilcon de quien difiere en la forma de presentar los datos, pues aquél nos contó en su diario el tiempo empleado e Himilcon el que con jornadas ordinarias de sol a sol se tardaría en ir de unos puntos a otros.

Pero antes de entrar en materia debemos hacer otras dos observaciones: la primera consiste en la rectificación arbitraria introducida en el texto por Müller, al asignar *doce* días para la navegación desde el Licus, cuando el manuscrito sólo establece *dos* días, constituyendo esto algo de gran importancia y de extraordinaria gravedad, pues el alterar los textos casi puede calificarse de falsificación. Ciertamente es que lo hace constar; pero no basta esto, ni es suficiente la explicación; lo correcto es dejar el texto como aparece en los documentos originales, y poner luego aparte todas las notas que se estimen oportunas.

La otra observación consiste en deshacer el error, o lo que

quiera que sea, de decir que una pequeña isleta de la bahía de Río de Oro se denomina Herné por los indígenas, sin más fundamento que una carta náutica del pasado siglo. Interrogados los indígenas, ninguno ha pronunciado este nombre ni otro semejante, hasta que recientemente lo han oído a los europeos; y aunque lo hubieran pronunciado, no bastaría esto para identificarla con la Cerné de Hannon, y menos para convertir el dato de dos días en doce días.

De aquí sacó Müller la razón de su rectificación de los datos del Periplo. Ya se puede apreciar cuán deleznable era su fundamento.

La empresa confiada al Almirante cartaginés tuvo una duración que no podemos precisar, porque no nos dice el tiempo empleado en establecer mercados o factorías, ni el que dedicó a descanso de la tripulación de las naves, o el que estuvo detenido (si llegó a estarlo) por el estado peligroso del mar, ni las jornadas que había de unos a otros puntos.

Sólo da cuenta de lo que hizo cada día de los que navegó, y ésta tan concisa, que en muchos casos sólo refiere que pasó a lo largo de unos montes; en cambio en otros cuenta que al desembarcar les acometieron a pedradas los salvajes, lo cual indica que estaban observando el terreno y quizá procurando ponerse en comunicación con aquéllos, operaciones que exigen tiempo que se pierde para la navegación y que acorta la longitud del trayecto recorrido en el día.

Un dato hay de extraordinaria importancia en el mismo relato, y es el de que tardó dos días desde las Columnas, o sea desde la península de Ceuta, donde estaba la columna líbica, hasta Thimiaterio, situado en el Estrecho, según hemos visto, y según el testimonio de Mela, que era natural de esta población (hoy es Tánger); este trayecto sólo mide unos 60 kilómetros, aun contando todas las sinuosidades de la costa, aquí muy recortada; examínese el mapa y se verá la certeza de nuestra apreciación, y consúltese el *Itinerario* de Antonino, que en esta parte, como en otros largos trayectos de la costa africana, calculó las distancias en millas de unos 999 metros, es decir, en millas de 10 es-

tadios de los que conoció Herodoto, según he demostrado en mi estudio acerca de la vía romana de Tánger a Cartago, de donde se deduce una longitud cuando más de 69 kilómetros para los dos días, lo que equivale a un recorrido diario de 34,5 kilómetros, que en estadios de 700 al grado corresponden a 218 estadios. Vemos, pues, que sólo en el caso, difícil de presentarse, de no emplear tiempo alguno en los reconocimientos, pudo caminar a razón de 340 estadios, y que lo ordinario hubo de ser un recorrido muy inferior a dicha cantidad.

Si tenemos en cuenta que haciendo mención de unos montes altos hacia las fuentes del Lixus, indiscutiblemente el Lucos actual, pues en este punto no hay disconformidad entre los maestros de la geografía, omite hablar de otros montes en el resto del relato, excepto al tratar de unos montes cubiertos de olorosos tomillos, pero de los cuales no dice que sean elevados, podremos convenir en que Hannon ni siquiera llegó a las últimas estribaciones del gran Atlas que, con alturas considerables, penetran en las aguas del mar Atlántico, estando estas consideraciones de completo acuerdo con las relativas a las distancias recorridas y teniendo aquí otro punto o jalón para el estudio que venimos haciendo; y si examinamos también el relato y recordamos que en él señala desde las Columnas cuando menos dos días a Thimiaterio, uno a la laguna que había después del promontorio Solois, donde erigieron un altar a Neptuno (siendo éste el Neptuno fenicio que cita Scylax, lo cual prueba que los fenicios no habían venido anteriormente a estos lugares), y que en este caso los confundieron con los cartagineses, que fueron los que realizaron esta expedición, puesto que su relato se fijó en un templo de Cartago y no en un templo de fenicios; y se añade a los datos anteriores un día que emplearon en recorrer o transponer una laguna, situada en la marisma donde está el Miries, y que antes cubrían las aguas del mar, aunque hoy está medio cegada por los considerables arrastres de los ríos, cuya obra de desecación se ve adelantar día por día, y observamos, finalmente, que desde Ceuta al borde meridional de dicha laguna habían empleado por lo menos cuatro días y la distancia que

desde aquí queda hasta el Lucos es algo menor, podremos convenir en que a lo menos empleó en la totalidad siete días.

Después del Lucos, navegando dos días a la vista de una costa desierta, llegaron a la boca de un estero, puesto que torcieron hacia el oriente y navegaron durante un día por él, según sus mismas palabras. El estero existe, aunque también más pequeño que en aquella época, efecto de la causa antes apuntada, la misma que ha ido desecando las lagunas de la cuenca inferior del Sebu y cerrando las barras de todos los ríos de la costa occidental de Marruecos. Es la laguna de Bu Ez-Zerga y la distancia al río Lucos está perfectamente dentro de los límites de navegación asignados y en consonancia con los recorridos anteriores.

Antes de seguir adelante, hemos de tratar de la localización de los lugares que cita en este trayecto.

Respecto de las Columnas no hay duda alguna, por tratarse expresamente de las de Hércules (Calpe y Abyla).

Thimigi o Thimiaterio corresponde exactamente a Tánger, cuyo nombre moderno, que es, como puede apreciarse, reproducción del nombre antiguo, equivale a Tomillar, en un caso, y en otro, al de Quemadero de tomillo, según se ha indicado. Al parecer estaba abandonado por los griegos, que desampararon las colonias occidentales después de la derrota de Alalia; y como estaba (y está) junto a una hermosa llanura, utilizaron los cartagineses tan ventajosa situación.

No dicé Hannon cuánto tardaron en llegar a Solois, cabo de la Lybia; pero el existir en este punto un altar a Neptuno y encontrarse al Oeste de Tánger, según cuenta el relato, permite identificarla con el cabo Spartel. Además nos dice Scylax que en el citado promontorio y en el altar dedicado a Neptuno, había imágenes de hombres y de leones delfines, y tal noticia ha encontrado confirmación, pues recientemente se ha descubierto en el lado meridional del monte que forma el cabo Spartel, en un derrumbadero junto al mar, una gran cueva con multitud de ídolos, representando animales de piedra.

Hay otro dato que permite localizar Soloeis en el cabo

Spartel, y es su significado, pues esta voz fenicia significa peñasco, y como más adelante veremos, los latinos llamaban Cottés al mismo monte, teniendo esta voz igual significado.

Ya hemos indicado que la laguna que estaba cubierta de cañaverales espesos, es la que hoy yace bajo los aterrizamientos de los ríos Marhar, Haxef y Helú, que desaguan en un espacio triangular que se desarrolla junto a la ensenada de Jeremías y ramificaciones de Yebel Kebir, cubierto de lagunas y pantanos en la parte más baja de los valles de los ríos Guadalquivir, Marhar y Jarrub, perfectamente representada en el mapa del Depósito de la Guerra en escala de 1:100.000. La distancia al fondo es de unos 12 ó 14 kilómetros, y desde el cabo Spartel de más de 20, lo que equivale aproximadamente a medio día de navegación de reconocimiento. Cuando las altas mareas penetran en este espacio o cuando las lluvias son abundantes las lagunas se ensanchan y se juntan (las más importantes son las de Xerinar, Seguira y Daidals) y el aspecto de esta llanura es el de un lago en que se mezclan las aguas dulces de los ríos con las del mar. El cordón litoral se ha fortalecido en el transcurso de los siglos hoy sólo presenta algunas bocas que sólo en lancha pueden atravesarse.

Mucho ha desconcertado a los críticos la circunstancia que apunta Hannon de que en esta parte había elefantes y animales salvajes, pues juzgando por lo que hoy sucede, no podían sospechar que en parte tan septentrional de Marruecos hubiera en los tiempos antiguos esta clase de animales; pero no tuvieron en cuenta que precisamente al Norte de Marruecos otros escritores antiguos nos atestiguan la presencia de estos animales y que hasta cerca del Estrecho, según sus mismas palabras, había una ciudad de Elephas que de ellos tomó nombre.

Como todavía hay muchos críticos que rechazan las conjeturas fundadas en la correspondencia de nombres sin recordar que el 80 por 100 de los nombres de geografía antigua se han conservado, y, por tanto, que este es un indicio de un valor superior a todos los demás, diremos que quizá el nombre de Elephas (El Fas de Tánger) que se da a esta parte del territorio marro-

quí, procede precisamente del nombre antiguo, bien que se haya arabizado en la forma, como otros muchos que hay en Marruecos y que habiendo sido primitivamente extranjeros o indígenas, pero desde luego procedentes de una lengua distinta de la árabe, hoy corresponden a tribus más o menos arabizadas, como el de los Beni-Meguilda procedente de *Gilda*, ciudad existente en la época romana; aurabas procedentes del Aurés, también de época anterior a la dominación romana, y otros muchos que podemos citar, si hay quien lo desee.

Tarea difícil es localizar las factorías que establecieron en la costa, puesto que según los relatos de otros escritores el modo de comerciar los fenicios era desembarcar en tierra las mercancías regresando a los buques desde los cuales hacían señales encendiendo hogueras para anunciar su llegada a los indígenas. Éstos traían a su vez mercancías que dejaban en la playa y se alejaban; si los cartagineses, los cuales bajaban nuevamente, estimaban bastantes las cantidades que habían traído los indígenas, recogían aquéllos los productos que éstos habían aportado y se marchaban dejando los suyos; pero en caso contrario volvían a embarcarse y permanecían estacionados hasta que los habitantes del país aportaban géneros suficientes; y si en algún caso hicieron verdaderas factorías, serían éstas de construcción tan pobre y miserable que han de haber persistido muy pocos vestigios. De todos modos puede darse por segura la correspondencia de *Caricon* con el Xeraka; *Gytte* debe corresponder a Gaddu (es frecuente transformación de la T en D); *Acra* que en griego significa fortaleza, se puede situar en el borde de la laguna en Aklan (también es muy frecuente la permutación de la l por la r), pero Tissot no tuvo en cuenta que *Acra* estaba antes del río Lucos y *Agla* está después por lo cual no pueden identificarse y *Melita* o *Melissa* en las inmediaciones de Mercurio, estación romana que hoy se llama Belita, no debiendo extrañar el cambio de forma que ha experimentado por ser usual la permutación de la M por la B; en cuanto a *Arambis* no existen datos bastantes para fijar su situación. Todos estos lugares están en las antiguas costas del golfo mencionado al pie de los montes Shira y Megaba.

De ser estas localizaciones ciertas hay que reconocer que aquí dió Hannon la noticia de todos sus mercados anteriores al Lucos.

Cuenta después su llegada al río mencionado (el Lucos o Lixus), diciendo que es caudaloso, lo cual es cierto, sobre todo para los que habían visto que en la parte septentrional de África, desde Cartago al Occidente, los ríos son de escaso caudal; señala la presencia de lixitas nómadas en las proximidades del mar, y en el interior, hacia el nacimiento del río, Etíopes, ese pueblo que han pretendido que ocupaba entonces los países tropicales. De ellos dice que eran trogloditas, y, en efecto, en las inmediaciones de los montes de Alam existen numerosas e importantes cavernas que en otros tiempos estuvieron habitadas, y aún en el día lo son algunas; el país era montuoso; el monte Alam alcanza una elevación de 2.000 metros, próximamente, y los indígenas aventajaban a los caballos en la carrera, propiedad que hoy conservan, siendo conocida la rapidez de los recas o correos marroquíes.

La exactitud del relato es admirable, como puede observarse en lo que a la geografía física se refiere; y así cuando dice después, que tomando intérpretes entre los lixitas caminaron dos días a la vista de una costa desierta con rumbo a mediodía, el dato es exactísimo, pues el litoral inmediato está formado por estériles dunas, inhabitadas hoy como en los tiempos de Hanno, dunas que forman una faja de unos 35 kilómetros de longitud por dos de anchura media, y en cuya parte exterior, que es la que tuvo Hannon que reconocer, no existe ni un aduar ni una habitación. En cuanto a la distancia recorrida en dos días, es aproximadamente igual a la que hay desde Ceuta a Tánger, o algo menor, pero hay que tener en cuenta que aquí la costa es aún más peligrosa, porque los vientos del poniente arrojan las embarcaciones con furia hacia las tierras y es fácil naufragar.

Por fin encontraron una ría sinuosa, y por allí penetraron; ahora bien, la única entrada de esta costa, que hay después del río Lucos, es la boca de la laguna de Muley Bu-Selam, o por otro nombre Ez-Zerga, y ésta fué la que vieron los cartagineses, aunque a primera vista parece imposible que por ella pudieran

navegar un día hacia el Oriente, puesto que su longitud, en este sentido, es hoy bastante reducida.

Cada día se hace más necesario el conocimiento de la geología para los estudios geográficos, sobre todo cuando se trata de geografía histórica, pues sin ellos no pueden explicarse ciertos relatos y descripciones, y se los tacha de fantásticos o de falsos, cuando lo que hay es falta de voluntad para comprobarlos; así, quien quiera reconstruir la descripción de la costa de Italia en el Adriático, sin más base que la geografía actual, dirá que estaban equivocados los escritores antiguos, que hacían de Rávena un puerto, y también en otros casos les llevara la fantasía a identificar con localidades de la costa otras que estuvieron en el interior si por cualquier circunstancia extraña a la geografía física presumen su correspondencia, pues les bastará hacer la hipótesis de que el mar se ha retirado, a pesar de lo cual la identificación hecha sin base suficiente debe desecharse, y la comprobación del error será relativamente fácil y estará al alcance del geólogo, pero no a la del que no conozca la naturaleza y constitución del terreno de que se trate.

En el presente caso, aunque la laguna actual se presenta paralelamente a la costa y sólo a una distancia de unos 5 kilómetros, hay que observar que los terrenos que con insignificante pendiente se encuentran hacia el interior, siguiendo aproximadamente la dirección de las más importantes corrientes de agua, son tierras aluvionarias, de formación reciente, que deben su origen a los depósitos que las lluvias torrenciales, abundantes de esta región, han podido conducir en un período relativamente corto. Aquí afluyen los ríos Drader y Jarira, de los cuales dicen, sobre todo del primero, que es muy caudaloso; ambos se unen en ángulo recto, estando el Jarira orientado de Este a Oeste hasta la confluencia con el Drader y siendo su cuenca más llana y menos elevada.

El geólogo Gentil que ha dedicado sus trabajos al estudio de la geología de Marruecos, señala también, y hay que tenerlo presente, que toda la costa occidental de este país ha experimentado, no sólo durante el período terciario, sino también durante

el cuaternario, un movimiento bascular que ha determinado la elevación de la costa atlántica y el hundimiento de la mediterránea, estando el eje de movimiento en el intermedio de ambas; movimiento que también nos explica la desecación de estos terrenos, así como la desaparición o achicamiento de la laguna que había cerca de cabo Spartel y la falta de enlace de la ría a que ahora nos referimos con la laguna de Ras el Daura de que hemos de tratar poco después.

Al extremo interior de esta ría se encontraba una isla que llamaron Cerné y fué asiento de una colonia, y efectivamente, cerca del río Drader en estos terrenos hoy semipantanosos, y antes cubiertos por las aguas, se encuentra un lugar denominado Azib Velad Bu *Garn* en una pequeña eminencia del terreno. Ha habido transformación en el nombre como la ha habido en la configuración del suelo; pero es aquella muy pequeña y además resulta muy frecuente el cambio de la C antigua en G, repitiéndose el hecho en el río Chres de que tratamos a continuación. Por lo demás el nombre de Cerné, que significaba límite o confín, era muy frecuente, pues existía en el país de los Gyzantes bajo la forma de Ciranis en el golfo de Gabes, y en Córcega, y en Marruecos había en la Edad Media una población de Cernu, bien que en lugar que es imposible haya estado nunca rodeado por las aguas y constituido una isla.

Tres circunstancias debían concurrir en Cerné y las tres se reúnen en el lugar indicado, pues era isla, estaba en una ría y distaba del Lucos dos días de navegación de reconocimiento, añadiéndose a esto la semejanza de nombre. Cualquiera de las localidades que por otros escritores se han propuesto dejan de reunir todas estas circunstancias, o por lo menos dos de ellas, lo cual hace imposible su correspondencia.

(Continuará.)